

MONACATO, MISTERIO Y MÍSTICA Valores permanentes y comunes a las Iglesias cristianas²

Hablar de monacato significa hacer referencia al corazón histórico y original de la vida consagrada; esto nos lleva a la raíz común y ecuménica de esa forma cristiana de seguimiento de Jesús que es la vida consagrada. Aún más, hasta se podría decir que la esencia de la experiencia monástica es válida para todas las formas de vida, sean estas ministeriales, consagradas o laicales.

Deseo presentar al monacato en conjunción con el misterio y la mística. Estas tres realidades, en el mundo cristiano, han sido y son históricamente inseparables. Espero que al final de mi conferencia se haga claro el porqué de esta comunión.

1. Monacato

El monje es un cristiano que dedica toda su vida a la búsqueda y al encuentro con Dios. Esto es algo que el monje tiene en común con todos los otros cristianos. No es el único que busca a Dios ni tampoco pretende hacerlo mejor que los demás. Pero el monje se sabe llamado a hacer de esta búsqueda un absoluto en su vida, por eso: busca a Dios verdaderamente, frecuentemente, constantemente; no busca otra cosa en lugar de Él, ni otra cosa con Él, ni retorna de Él a otras cosas. Si no buscara a Dios ¡dejaría de ser monje!

Siendo la búsqueda de Dios el sentido y fin último de la existencia del monje, su vida es una vida de gran sencillez, *simplicitas*. Esta *simplicitas*, es decir, el hecho de tener sólo una preocupación y un solo fin, es el sentido primero y más profundo de la palabra *monachos*.

La razón de este *quaerere Deum* es evidentemente el encuentro contemplativo con Dios. Toda la vida del monje es un camino hacia este fin. Y este camino monástico está caracterizado por un cierto número de medios: la oración silenciosa y continua, la plegaria litúrgica, la *lectio divina*, y las diversas renunciaciones conducentes a la conversión y purificación del corazón, todo en un clima de soledad y silencio. Todos estos medios no son más que *medios*. Son característicos de la vida monástica y necesarios a la misma; pero no son el elemento esencial de ella. El elemento esencial es su fin, es decir: la búsqueda continua y el don del encuentro con Dios.

En su realización concreta, la vida monástica conoce una gran variedad de formas. Se puede hablar de la vida monástica como de un arquetipo humano fundamental que encontramos en todas las grandes tradiciones religiosas de la humanidad. Se podría también recordar la variedad de formas que el monacato cristiano ha tomado en las tradiciones del Oriente y del Occidente. Pero me limito a la realidad dentro de la cual me sitúo: la tradición occidental contemporánea, en la línea de la tradición cenobítica benedictina, más específicamente, cisterciense. Pero antes de ubicarme en contexto occidental deseo que escuchemos juntos una voz oriental sobre el sentido de la vida monástica.

La vida monástica se caracteriza por una verdadera, física, separación de las situaciones, costumbres y acciones mundanas. Tal separación puede ser o en el desierto, según el ejemplo de Juan Bautista, o bien en los sagrados claustros donde se recogen las comunidades espirituales, las fraternas compañías que recorren juntas el camino de la tierra al cielo. Aunque, en todo caso, la separación no será sólo material, sino también interior, en lo íntimo, en la mente. Y por lo tanto exige que se una el propio intelecto al

¹ Abad General de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia.

² Conferencia pronunciada en Cerdeña, el 23 de Abril de 1999, en el sexagésimo aniversario de la pascua de la Beata María Gabriela, y publicada en *Ecumenismo e monachesimo femminile*, Pontificia Universidad Teológica de Cerdeña, Cagliari, Italia, 1999, pp. 41-53 (*Quaderni di aggiornamento teológico-pastorale*, III).

Cristo pascual a través del ruego, es decir con salmos, himnos y cánticos espirituales (o sea, en definitiva, rogando principalmente con la misma palabra de Dios). Y por tanto siempre implica una progresiva purificación del ojo de la mente, realizada por medio del llevar en el cuerpo la muerte de las pasiones, y también poseyendo el bien de la pobreza y volviéndose continuamente a Dios con obras (y por lo tanto con el trabajo), palabras y pensamientos todos conformes a la obediencia recibida. En fin, tal vida exige y dona un más estable y más fácil fruto de *hesychia* (quietud) y de la paz que aspira a transformar al alma en una morada del Nombre salvífico³.

Ahora bien, es imposible hablar de la vida monástica sin decir una palabra sobre la soledad que la caracteriza. La soledad monástica es un instrumento para la realización del *quaerere Deum*. Es ante todo una soledad del espíritu y una pobreza del corazón. Implica asimismo un distanciamiento de las preocupaciones y actividades del mundo. En la Edad Media se comenzó a hablar a este propósito de la *fuga mundi*. Quizás sería más conforme con la gran tradición primitiva hablar de *fuga ad Deum*. El “mundo” del cual el monje quiere huir es ante todo el mundo que lleva en su propio corazón: la concupiscencia de la carne, la codicia de los ojos y la posesión ostentosa de riqueza. De este modo el monje alejado de todos se acerca y acerca a todos al origen común: Dios. La soledad del corazón y la concentración de todas las fuerzas en la búsqueda de Dios requieren una soledad interior fortalecida y manifestada por la soledad exterior.

El amor a la soledad de los primeros Padres cistercienses no puede identificarse con un deseo de vida eremítica. Buscaron un lugar solitario para edificar un *monasterio*⁴. Y poder vivir en él la *Regla de san Benito con más perfección y rigor (artius atque perfectius)*, o como dirá Esteban Harding en la carta encíclica *De observatione hymnorum* (4): “la cual (RB) decidimos que debía observarse en este lugar con el mayor cuidado (*maximo studio*)”. Y todos sabemos que la *Regla* del Patriarca Benito tiene como fin ordenar la vida del *poderosísimo género de los cenobitas*⁵. En consecuencia, los cistercienses, más que ermitaños en comunidad somos cenobitas en el desierto.

Nuestros primeros Padres buscaban, en el *desierto* del cenobio, la *soledad del corazón*⁶. Ser un cenobita en el desierto significa que siempre ha de haber lugar en nuestra vida para la *soledad religiosa*⁷, contemplativa o del corazón.

Siéntate, pues, solitario como la tórtola; que nada te turbe entre la muchedumbre de los demás (...) ¡Oh alma santa!, permanece solitaria y resérvate exclusivamente para el Señor, a quien has elegido para ti entre todos (...) El Santo Ungido del Señor es Espíritu ante ti, Él busca la soledad de tu espíritu, no la del cuerpo; aunque a ratos no está mal que te separes también corporalmente, cuando puedas hacerlo con discreción, en especial durante la oración (...) Por lo demás, sólo te exige la soledad del corazón y del espíritu. Estarás solo si no piensas en torpezas, si no te afecta lo presente, si desprecias lo que angustia a muchos, si te aburre lo que todos desean, si evitas toda discusión, si no te impresionan las desgracias, si no recuerdas las injurias. De lo contrario, no te encontrarás solo ni en la soledad más absoluta. ¿Ves cómo puedes vivir solo rodeado de muchos y entre muchos solo?⁸

Y dado que hemos dado la palabra a san Bernardo, Abad de Claraval, permitámonosle seguir hablando. He aquí cómo expresa el claravalense la vocación de los monjes y monjas:

Esta es la generación que busca al Señor (Sal 23,6). ¿Lo busca o ya lo posee? Sí, lo posee y lo busca: es imposible buscarlo sin poseerlo ya antes (...) Hermanos míos, si

³ Gregorio PALAMAS, *Homilía XL*

⁴ *Exordium parvo*, 3,5.

⁵ *RB* 1,13.

⁶ S. BERNARDO, 1 *Sent.* 30.

⁷ S. BERNARDO, *Ann* 4:9.

⁸ S. BERNARDO, *SC* 40:4-5.

ésta es con toda verdad y certeza la *generación que busca al Señor, que busca el rostro del Dios de Jacob* (Sal 23,6). ¿Qué otra cosa puedo decir sino aquello que dice el profeta: *Que se alegren los que buscan al Señor; recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro* (Sal 104,3-4)? O lo que dice otro: *Si buscáis, buscad* (Is 21,12). ¿Qué quiere decir: si buscáis, buscad? *Buscadle con sencillez de corazón* (Sb 1,1). A él por encima de todo, y ninguna otra cosa fuera de él, ni después de él. El que es simple por naturaleza exige sencillez de corazón⁹.

Y esta doctrina es común a todos nuestros Padres cistercienses de la primera hora. Cambiarán las imágenes o el lenguaje, pero el contenido es el mismo. Escuchemos a Guillermo de San Thierry, gran amigo de Bernardo:

Señor, buscaré tu rostro cuando pueda y cuanto tú me hagas capaz. Señor, siempre escudriñaré tu rostro. Señor Dios mío, mi sola esperanza, ¡escúchame!, no sea que por el cansancio ya no quiera buscarte. ¡Que ardientemente te busque siempre! Dame tesón al rastrearte, ya que me diste el deseo de hacerlo, y cuando no pueda más, acrecienta el deseo que me diste. ¡Que siempre te recuerde, te conozca y te ame con ardor! ¡Oh Dios Trinidad!, refórmame hasta llegar a esa plenitud que tú sabes y para la cual me creaste conforme a tu imagen, para que así te recuerde fielmente y sobriamente piense en ti y verdaderamente te ame sobre todas las cosas¹⁰.

Es evidente para todo buscador de Dios que lo más importante es el encuentro. Es precisamente dicho encuentro el que paga con creces todas las penas y trabajos de la búsqueda. En otros términos, esto significa que la vida monástica carece de sentido sin la unión mística o contemplativa con el Dios que llama, transforma y desposa.

A los demás toca servir a Dios; a vosotros, uniros a Él. A los demás pertenece creer en Dios, tener noticia de Él, amarle y adorarle; a vosotros, saborearle, entenderle, conocerle, gozarle¹¹.

Quizás Ustedes se pregunten si esta doctrina sigue hoy día vigente y en actualidad en la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia. No hay duda de que es así, pero con realismo y bemoles. Dejo la palabra a mis predecesores en el servicio de Abad General. Nos decía D. Ignacio Gillet:

Con frecuencia se pregunta al Abad general: “¿Hay verdaderos contemplativos en la Orden? ¿Son muchos?”. Me parece que se debe responder con una doble respuesta contradictoria en apariencia: sí, hay en la Orden verdaderos contemplativos, y más de lo que se cree; pero ciertamente también hay muchos menos de los que podría esperarse. Hay más de los que se piensa (...) Quien, a pesar de la oscuridad, persevera con fe en esta búsqueda es un verdadero contemplativo. En este sentido, hay muchos en la Orden (...) Probablemente somos tan poco contemplativos por falta de renuncia (...) y es esto mismo lo que multiplica en las comunidades los “contemplativos a medias”¹².

D. Ambrosio Southey nos invitaba en los últimos años a *edificar el aspecto contemplativo de nuestra vida*¹³. Volvió a retomar este tema desde otra perspectiva en una conferencia al Capítulo General de 1984; decía en ese entonces: *Si hay pocos hombres de oración profunda es porque hay pocos dispuestos a buscar a Dios por este camino: hacer frente a la realidad de nosotros mismos y de Dios*. Y en la práctica concreta, nos decía, este camino

⁹ S. BERNARDO, *Div* 37:4,9.

¹⁰ Guillermo de SAINT THIERRY, *Aenig* 3:23.

¹¹ Guillermo de SAINT THIERRY, *Ep fra* 5.

¹² D. Ignacio GILLET, *Carta circular*, 6-01-70; cf. *Cartas circulares* de 1971 y 1972.

¹³ *Carta circular* de 1980, Conferencia de apertura del Capítulo General de 1980.

consiste en: *superar nuestro egoísmo, aceptar una auténtica soledad y encontrar nuestra identidad en Cristo.*

En consecuencia, a nivel del discurso y de lo proclamado, hoy al igual que ayer, podemos decir: *Nuestra vida está enteramente orientada hacia la experiencia del Dios vivo; Nuestra Orden es un Instituto monástico íntegramente ordenado a la contemplación*¹⁴.

Reconocemos, no obstante, que es más fácil proclamar que encarnar la proclama en la vida cotidiana. Esto explica por qué desde el inicio de mi abadiato he invitado a todos los miembros de la Orden a dar un nuevo paso en el camino de la renovación. Y una nota clave y fundamental de la misma es la: *Orientación hacia el Misterio guiados por los místicos cistercienses.*

2. Misterio

La palabra misterio no es sinónimo de *enigma* o de *problema*. El misterio es incomprensible pero no ininteligible, si fuera ininteligible sería un *absurdo*. El misterio se refiere a la dimensión más profunda de la realidad y al núcleo último que da sentido a todo lo que existe. Por eso, el mismo ser humano es misterio y ha sido creado para el misterio. La inteligencia y el amor humanos son capaces de asumir el misterio, aunque tantas veces el pecado impulse a la razón a pretender eliminarlo.

En el paganismo, los misterios son, en sentido propio, “ritos sagrados que sólo han de revelarse a los iniciados”. En el hermetismo alejandrino de los siglos II-III el término comienza a indicar una filosofía religiosa.

En ámbito estrictamente cristiano, san Pablo usa la palabra misterio en sentido doctrinal religioso influenciado por la sabiduría y apocalíptica judía, extraña a todo influjo griego. El misterio es para Pablo:

-El plan divino, oculto al principio y luego manifestado, de establecer una relación entre Dios y el hombre en Cristo.

-En Cristo se realiza la filiación y la comunión de los hombres con Dios: Cristo mediador es el *Cristo en vosotros, esperanza de la gloria (Col 1,27)*, que se adjunta a la iglesia como su propio cuerpo (*Col 1,24*). En otros términos, es un designio o proyecto divino de filiación y fraternidad: *a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29)*.

-Este misterio, revelado y cumplido en la iglesia, es conocido y vivido por los cristianos en diversos modos; sobresale entre ellos la experiencia interior mediante el Espíritu Santo; en este sentido Pablo habla de *conocimiento-pleno y sabiduría (Flp 1,9-10; Ef 1,15-19; Col 1,3-5; 9-12; 2,2-3; 3,9-14; 2 Co 2,6-10)*. Básicamente se trata de una experiencia ordinaria del Espíritu que transforma interiormente al creyente, haciendo que Cristo habite en su corazón, enraizándolo en el amor (*Ef 3,16-17*).

El texto paulino más cabal sobre el misterio dice así: *El (Dios Padre) nos hizo conocer el misterio de su voluntad, conforme al designio misericordioso que estableció de antemano en Cristo, para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos: reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo (Ef 1,9-10; cf. todo el himno de Ef 1 y también Col 1,25-26)*.

En efecto, toda la vida de Jesús –y no sólo la Encarnación y la Pascua– es misterio. Su misma humanidad es signo de la divinidad: lo visible de su vida terrena conduce al misterio invisible y oculto de su filiación divina y misión salvadora universal.

El mismo Jesús, durante su vida pública, dijo a sus seguidores: *A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de los cielos (Mt 13,11 y pp.)*. Y esta revelación fue

¹⁴ Capítulo General 1969; Constituciones, 2.

para Él causa de alegría exultante: *Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido. Todo me ha sido dado por el Padre, y nadie conoce plenamente al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce plenamente al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11,25-27 y pp.).*

Los Padres de la iglesia retomaron el concepto paulino de misterio en diferentes formas. Digamos, sintéticamente, que el misterio es: el designio divino de salvación en Cristo por el Espíritu. Sus características son las siguientes, se trata de un designio oculto, revelado y:

- Eterno: Dios lo concibió desde siempre y para siempre.
- Libre: Brota de la libérrima decisión de la voluntad divina.
- Inteligente: Fruto de la infinita sabiduría divina.
- Amoroso: El amor es al mismo tiempo el contenido y finalidad del misterio.
- Histórico: Se manifestó y manifiesta en tiempos y lugares.
- Personal: Se dirige a cada uno como único e irrepetible.
- Comunitario: Abarca a todos en fraterna y eclesial relación de amor.
- Actual: Se refiere al “ahora” presente de cada uno de nosotros.
- Litúrgico: Para ser celebrado participativamente y mediante símbolos operativos.
- Irrevocable: Dios no se arrepiente ni retira su palabra empeñada.
- Trascendente: Supera siempre nuestra capacidad de comprensión.
- En Cristo: Por eso, el misterio del hombre se esclarece en el misterio de Verbo encarnado¹⁵.

Podemos ahora preguntarnos, ¿en qué consiste fundamentalmente el misterio cristiano? Respondemos que, estrictamente hablando, hay sólo tres Misterios absolutamente originales:

- El misterio de la Santísima Trinidad.
- El misterio de la encarnación redentora del Hijo eterno de Dios.
- El misterio de la gratuita deificación de los seres humanos.

Todas las otras verdades de la fe son misterio en cuanto se relacionan con estos misterios originales. En consecuencia, la experiencia mística se refiere a estos tres misterios fundamentales y a los otros misterios por derivación. Y todos ellos encuentran en Cristo su síntesis y cumplimiento.

Digamos entonces que el “Misterio de la fe” resume y contiene todo lo que es la existencia o vida cristiana. *La Iglesia lo profesa en el Símbolo de los Apóstoles y lo celebra en la liturgia sacramental, para que la vida de los creyentes se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre. Por eso este misterio exige que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viva y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración¹⁶.*

A la luz de todo esto se comprende aquello que también leemos en el Catecismo de la Iglesia Católica: *El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos – “los santos misterios”– y, en Él, en el misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos¹⁷.*

3. Mística

¹⁵ *Gaudium et spes* 22.

¹⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2558.

¹⁷ *Ibid.*, 2014.

La mística es una realidad humana que no está limitada a ninguna religión: es el punto culminante del encuentro entre el ser Absoluto y el ser humano. Siempre ha habido místicos en todos los lugares y en todas las épocas. Dado que el ser humano ha sido creado a imagen de Dios, no es raro pensar y afirmar que el fondo del alma humana es capaz, bajo ciertas circunstancias, de experimentar algo de la presencia divina, aún cuando la razón no capte lo que acontece.

Todo lo precedente explica por qué el Vaticano II dice: *La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios; desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios; existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva*¹⁸. En consecuencia, la aspiración mística es algo inherente a la naturaleza humana. Todo ser humano proviene del único Creador, por eso la naturaleza humana en su hondura es siempre la misma: creada a imagen de Dios y tendida hacia la perfección de la semejanza con Él.

Antes del cristianismo, la palabra “místico” es usada en el helenismo con el sentido de “secreto ritual” y no doctrinal. Al pasar al cristianismo, el término adquiere un valor doctrinal y experiencial. La comprensión de este término requiere asimismo la comprensión del término “misterio”, como ya lo hemos visto.

Ahora bien, la finalidad del misterio es ser revelado y acogido mediante el conocimiento y el amor; los grados de acogida del mismo dependen de la luz y fuego que comunica el Espíritu y de las disposiciones humanas. La revelación y la fe constituyen el misterio del encuentro de Dios con el hombre en Cristo Jesús:

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y da a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina¹⁹.

El progreso en dicha apropiación del misterio va del simple acto creyente hasta la misteriosa experiencia de orden “místico”. Pero todos estamos llamados al crecimiento. El apóstol Pablo ofrece sus fatigas por los cristianos de Colosas: *para que sus corazones reciban ánimo y, unidos íntimamente en el amor, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del misterio de Dios que es Cristo, en el cual se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col 2,2ss.).

En este contexto podemos recordar la pregunta de Jesús a sus discípulos y el diálogo subsiguiente: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Simón Pedro contestó: “Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo”. Replicando Jesús le dijo: “Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mt 16,15-17).

Los textos patristicos referentes a *mystikós* hacen referencia a cuatro realidades relacionadas entre sí:

-Dimensión místico-bíblica: se refiere al sentido alegórico de la Escritura, la cual encuentra su sentido clave y único en Cristo.

-Dimensión místico-litúrgica: la realidad misteriosa es al mismo tiempo contenido de la Escritura y de los sacramentos durante la celebración eucarística.

-Dimensión místico-espiritual: se refiere a un modo directo y cuasi-experimental de conocer a Dios mediante la comunión profunda con Él.

-Dimensión místico-divinizante: el misterio contemplado en la Escritura y celebrado en la liturgia se cumple en los cristianos efectuando su divinización.

¹⁸ *Gaudium et Spes* 19.

¹⁹ *Dei Verbum* 2.

Todo lo precedente nos ha ayudado en entender qué y quiénes son los místicos y las místicas. Son, simplemente, todos aquellos y aquellas que entrando en el Misterio van siendo transformados por Él. En este sentido, todo bautizado es un místico. Pero esto no significa que todo bautizado tenga una experiencia mística “refleja”, por lo general su experiencia mística es “latente” y sin forma a nivel de la consciencia y de la afectividad.

Más en particular, místicos y místicas son aquellos y aquellas que han experimentado la revelación del misterio, gracias a un misterioso influjo divino, por medio del conocimiento y el amor, la luz y el fuego.

Nuestra experiencia (vivencia y consciencia de presencia y comunicación) del misterio va siempre unida al esfuerzo ascético, nos transforma éticamente y nos hace uno con Dios en el mutuo amor o consentimiento de voluntades.

Los y las místicas cristianos encuentran su fuente y origen en el místico por excelencia Jesús de Nazaret. La autoconsciencia filial de Jesús conoció un momento cumbre el día de su bautismo. Otros momentos claves fueron el Tabor, Gethsemani y el Calvario. No obstante, Jesús alcanza místicamente la cumbre y hondura del misterio en la experiencia de la resurrección. Los discursos de la última cena (*Jn 17*) muestran la comprensión joánica de la conciencia diferenciada e indiferenciada de Jesús en relación con su Padre Dios: son uno y no son uno. Esta experiencia de unidad en diversidad y diversidad en la unidad sólo es posible por el amor, pues el amor une y diferencia simultáneamente. La experiencia mística de Jesús es eminentemente trinitaria y, al mismo tiempo, mesiánica: su experiencia se refiere a la intimidad del Dios trinitario y a la voluntad salvífica del Dios Amor.

Pero Jesús no es sólo modelo de vida mística para todos los cristianos. Es asimismo *imagen del Dios invisible* (*Col 1,15; 2,9*), *esplendor de la gloria y figura de la substancia del Padre* (*Hb 1,3*). Por este motivo, Él es el único camino de acceso al Padre (*Jn 14,2; Ef 2,18*) y aquel en quien se contempla el rostro divino (*2 Co 4,6*). En consecuencia, Cristo, en su humanidad, en los misterios de su muerte y resurrección, es el fundamento de la mística cristiana. San Juan invita a tender hacia la unión con Cristo y a *permanecer en él* (*Jn 6,56; 15,4-16*) puesto que la esencia de la vida eterna consiste en *conocer al Padre y a aquel a quien Él a enviado* (*Jn 17,3*).

4. Conclusión

Al final de esta conferencia podemos preguntarnos: ¿qué (¡quién!) es el monacato cristiano? La respuesta puede sonar así: el monacato es una forma de vida evangélica, total y exclusivamente orientada hacia el Misterio de Cristo, a fin de facilitar la conformación mística con Él. El monje y la monja se encaminan y pierden en este Misterio por misteriosos caminos, pero todos ellos implican la donación de la propia vida. Es precisamente esto lo que vivió hasta las últimas consecuencias la Beata María Gabriela de la Unidad:

*O Gesù, io mi offro con Te in unione al tuo Sacrificio, e sebbene sia indegna e da nulla, spero fermamente che il divin Padre guardi con occhi di compiacenza la mia piccola offerta, perché sono unita a Te e del resto è dato tutto ciò che era in mio potere*²⁰.

Así oró y actuó el 31 de Octubre de 1937, día de su profesión. Un año y medio más tarde, el 23 de Abril de 1939, concluyó su mística travesía hacia el Misterio a fin de reencontrarse eternamente inmersa en El mismo.

Viale Africa, 33
00144 Roma
ITALIA

²⁰ “Oh, Jesús, yo me ofrezco contigo en unión a tu Sacrificio, y si bien soy indigna y capaz de nada, espero firmemente que el Padre divino mire con ojos complacientes mi pequeña ofrenda, porque estoy unida a Ti y, de hecho, he dado todo lo que estaba en mi poder”.